

La calle para el jueves 21 de mayo de 2009
Diario de un espectador
Benedetti militante
por miguel ángel granados chapa

Mario Benedetti se hizo militante de la política a edad tardía. No careció nunca de opiniones y actitudes políticas, pero demoró en entrar en el activismo. Aunque su familia era apolítica, no pasó por alto un momento de definición, que permeó la conciencia del futuro escritor: Era alumno del Colegio alemán, a cuya férrea disciplina se había avenido, hasta que llegó el año 1933:

“En Alemania —dice su biógrafa Hortensia Campanella— es presidente y Hitler su canciller. En el Colegio Alemán de Montevideo se hace obligatorio el saludo nazi. Mario, que hasta entonces había evitado comentar en caso algunos rasgos autoritarios del colegio por temor a ser obligado a abandonarlo, no puede menos que comunicar esta novedad ominosa. La respuesta paterna es inmediata: para no perder el año, terminará el ciclo escolar, el último de primaria, pero ya no seguirá en ese ambiente. Se había terminado el candor”.

En los años siguientes, la escritura y los empleos para ganarse la vida acapararon el tiempo de Benedetti. Hasta que a fines de los años sesenta el deterioro de la vida pública en Uruguay lo hizo ingresar a un movimiento que postulaba la participación de la gente no solamente en las urnas:

En el ensayo “El testimonio y sus límites”, incluido en su libro *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Benedetti recuerda una suerte de iniciación política:

“Durante 1971, y con motivo de las movilizaciones que colmaron ese año, acudí dos o tres noches por semana a los comités de base del Frente amplio, situados en barrios o suburbios de muy distinta composición social. Desde el principio tuvimos claro que en esa incanjeable tarea, debíamos apartarnos de los códigos de la propaganda política impuestos por los partidos tradicionales. Nada de oratoria demagógica, paternalista o grandilocuente. Íbamos sobre todo a conversar con la gente, a tratar de llegar juntos a la difícil comprensión de una etapa política económica y social que ya entonces expresaba un profundo deterioro del Estado liberal.

“Nunca concurrí en calidad de escritor a esos verdaderos seminarios populares, y en un noventa por ciento de los casos nadie hizo referencia a mi condición de tal. (De todos modos, cuando alguien formulaba una pregunta sobre esa zona de mi trabajo, los planteos solían ser más inesperados y más creativos que las rutinarias inquisiciones de críticos y periodistas) Nunca hice la menor anotación sobre esas conversaciones; probablemente no llegue a utilizar en novelas o cuentos futuros ninguna expresión textual de aquellas dudas, de aquellas imaginativas soluciones, de aquella voluntad de sacrificio, de aquel sobrio pero riguroso amor al país.

Sin embargo, tengo cabal conciencia de que todo eso está en mí, madurando o quizá cayéndose de maduro, y que si mi visión del mundo ha cambiado y si hoy la palabra

revolución no sólo tiene para mi ese aliento que da la vida a la historia sino que además tiene músculos y brazos y corazón y ojos que esperan y confían; si hoy para mi tiene el rostro sereno de un pueblo que sufre que sufre y aprende, que traga amargura y sin embargo propone una alegría intangible, lo debo en gran parte a ese natural aprendizaje, a esa cura de modestia.

“No se trata de que la vanidad salga por una vez maltrecha; sencillamente la vanidad no juega este partido, ni siquiera como suplente. Cuando el político o el intelectual ‘descienden’ al pueblo para transmitirle su ‘fórmula infalible’, entonces sí la vanidad puede significar un seguro de incomunicación que a algunos escritores les resulta por cierto muy confortable, quizá porque no tienen nada que comunicar. Pero es virtualmente imposible hincharse de vanidad cuando uno...sincera y francamente trata de contribuir desde el pueblo y para el pueblo...”